

# La actualidad de la revolución

Jodi Dean

■ La revolución se nombra hoy más como un problema que como una solución. Sabemos que las revoluciones tienen lugar, pero nos cuesta mucho creer en la revolución. Y nos cuesta mucho creer en la revolución porque ya no estamos seguros de que un proceso revolucionario vaya dirigido hacia una emancipación igualitaria. Se dan revoluciones, pero no son algo nuestro, no son las revoluciones que anhelamos, no son revoluciones proletarias.

Ya no creemos en la revolución porque ya no adoptamos la perspectiva desde la cual nos vemos como revolucionarios, que es la perspectiva del partido comunista. En ausencia de esta perspectiva política, el capitalismo —con sus crisis, innovaciones y transformaciones permanentes— aparece como la única instancia capacitada para emprender un cambio revolucionario. Afortunadamente, las muchedumbres y las manifestaciones del siglo pasado sugieren que una nueva perspectiva de partido quizás esté emergiendo. La intensidad de las prácticas colectivas que se dan en las luchas actuales, así como los límites que denotan estas luchas están renovando en la izquierda la preeminencia que posee la cuestión del partido. En la medida en que la gente comprueba la fuerza del poder colectivo, entonces el deseo de algo parecido a un partido está volviendo a aparecer, un partido entendido como un centro organizado que represente nuestra creencia en la revolución.

En este artículo me centraré en dos enfoques, aparentemente opuestos, sobre la organización y la revolución. Empiezo con la concepción de Georg Lukács sobre la innovación leninista: entender que lo central del materialismo histórico es la actualidad de la revolución proletaria. La fuerza de esta innovación proviene de su capacidad de *anticipar*, de la capacidad que posee la revolución futura de coordinar las acciones que harán que se produzca. Después me trasladaré al presente abordando las obras de Michael Hardt y Antonio Negri. El problema de sus concepciones es que excluyen la temporalidad que produciría la práctica revolucionaria. La revolución está presente como algo *potencial*, una posibilidad que emana de lo que ya estamos haciendo. No hay ninguna ruptura revolucionaria, ninguna negación de ciertas prácticas, orientaciones y potencialidades para avanzar hacia metas de igualitarismo emancipatorio. Lo que plantean es por ello una “revolución sin revolución”. En cambio, el futuro que proyecta la concepción de Lenin sobre la actualidad de la revolución coordina la acción política para que se dé la revolución. El partido anticipa la revolución, materializando la creencia que hace posible la revolución no

## 5. ¿QUÉ PARTIDO(S)?

solo como un desagüe o desbordamiento de las actuales posibilidades, sino como un resultado de la negación de ciertas prácticas, orientaciones o potencialidades y forzando la aparición de otras.

Mi argumento descansa en la noción del “tiempo proyectado” de Jean-Pierre Dupuy. Éste introduce el concepto de “tiempo proyectado” como una “coordinación donde media el futuro”, es decir, como un concepto de una metafísica temporal donde “el futuro determina contrafactualmente el pasado, que a su vez casualmente lo determina. El futuro es fijo, pero su necesidad solo existe en retrospectiva” (Dupuy, 2014: p. 110). Desde una perspectiva de futuro lo que nos transporta a este es necesario. No puede ser de otra manera porque todo lo que sucedió nos condujo allí. Antes de que ocurra un hecho, hay posibilidades, opciones. Pero, una vez que algo sucede, se nos aparece como algo inevitable, predestinado. El tiempo proyectado da por sentado un futuro inevitable, entendiendo esta inevitabilidad como un punto fijo desde el cual se toman decisiones en las actuaciones del presente.

El tiempo proyectado puede parecer extraño. Dupuy lo explica diciendo que es en realidad “la temporalidad peculiar de alguien que lleva adelante un plan que él mismo se ha propuesto realizar” (Dupuy, 2014: p. 116). La planificación deja claro que el tiempo proyectado no es una predicción de lo que va a suceder, una fantasía de lo que uno quiere que ocurra o un conjunto de propuestas acerca de lo que debería suceder <sup>1/</sup>. En su lugar debe entenderse en el sentido de que cierto resultado genera los procesos que nos conducen a él. Y, de nuevo, según esta metafísica temporal, el futuro no es el resultado inevitable de una cadena de causas. El futuro es en sí la causa. El futuro produce el pasado que dará origen al futuro.

Dupuy desarrolló la metafísica del tiempo proyectado en el contexto de una investigación sobre la catástrofe. A la gente le cuesta mucho creer en un desastre inminente, incluso cuando dispone de abundante información de que lo peor está a punto de suceder. Dupuy llegó a la conclusión de que lo que impide que la gente actúe no es una cuestión de conocimiento sino de creencia. Saben lo que va a ocurrir y sin embargo no creen que vaya a ocurrir. El tiempo proyectado aborda este tipo de creencia. Dupuy sostiene que dado que es “más difícil rechazar un destino que evitar una calamidad, la amenaza de una catástrofe se hace mucho más creíble si aparece como algo inevitable” (Dupuy, 2014: p. 129). Esa misma inevitabilidad puede movilizar la necesaria determinación e imaginación para evitar lo inevitable.

### Una visión desde el futuro

La obra *Lenin (la coherencia de su pensamiento)* (1924), viene a ser la aportación de Lukács sobre la gigantesca contribución teórica de Lenin:

<sup>1/</sup> El futuro proyectado opera entonces de manera diferente al programa expuesto por Nick Srnicek y Alex Williams (2015).

llevó la teoría marxista a la práctica. Precisamente porque Lenin pudo aprehender “la actualidad de

la revolución” fue la razón que le permitió explicar los acontecimientos que le rodeaban con arreglo a ese supuesto. Plantea un futuro cierto —la revolución— y deja que este futuro guíe la acción del presente. De este modo *Lenin* identifica el mecanismo por el que la organización viene a ser la mediación entre la teoría y la práctica. El futuro proyectado de la revolución genera la praxis que materializa la necesaria convicción para que ocurra.

El tiempo proyectado nos indica cómo entender el postulado de Lukács según el cual “la revolución proletaria viene a ser la esencia viva del marxismo”. El futuro revolucionario determina las acciones que lo engendran. El materialismo histórico no es fundamentalmente

**“Mi argumento descansa en la noción del “tiempo proyectado” de Jean-Pierre Dupuy”**

una explicación del pasado, sino aquello que guarda relación con un determinado futuro donde “*la revolución ya se encuentra al orden del día*” (cursivas en el original). Un futuro lejano carece de la capacidad de coordinación. Sin embargo, Lenin convirtió la actualidad de la revolución en el punto desde el cual se va-

loraban las actuaciones. Este futuro cierto permite elegir y decidir. Se abre camino frente al conjunto de conflictos entre grupos e individuos que se dan en el seno de las masas, de la misma manera que lo hace frente al fatalismo económico que contribuye a que el capitalismo dé respuesta a sus propias crisis.

La actualidad de la revolución viene a ser el supuesto sobre el que descansa el concepto de partido de Lenin. El futuro proyectado de la revolución proletaria hizo que los bolcheviques seleccionaran a “revolucionarios resueltos, preparados para afrontar cualquier sacrificio, desde la masa más o menos caótica que viene a ser la clase como un todo”. El partido no hace la revolución. Tampoco pretende arrastrar a masas inactivas para luego presentarles un *hecho consumado*. En su lugar anticipa la revolución. Dado que el periodo es revolucionario y que la revolución proletaria se encuentra en el orden del día, ¿qué tipo de organización se desprende de allí? La respuesta de Lenin viene a ser “la selección más estricta de militantes del partido con base en su conciencia de clase proletaria y su total solidaridad y apoyo a todos los oprimidos y explotados en el seno de la sociedad capitalista”. ¿Por qué? Por la manera en que el proletariado desarrolla su propia conciencia de clase y es capaz de ponerla en práctica en el contexto de un levantamiento revolucionario.

Durante su movimiento revolucionario el proletariado se enfrenta con diferencias dentro y fuera de sí mismo. Las diferencias internas implican desigualdades económicas en el seno del proletariado (la infame “aristocracia obrera”). Las diferencias externas hacen referencia a las otras clases que forman parte de la alianza revolucionaria. Las diferencias

## 5. ¿QUÉ PARTIDO(S)?

dentro del proletariado obstaculizan la unidad de clase. Algunos trabajadores, quizás aquellos provistos de más educación y con experiencia en la dirección sindical, están inclinados a ver sus intereses en alianza con la burguesía. Las diferencias entre el proletariado y otros estratos sociales crean confusión, en particular cuando las crisis se intensifican y se acerca el periodo revolucionario. La multiplicidad de intereses dentro de la alianza revolucionaria de los oprimidos hace que tiren en diferentes direcciones. No todo potencial presente en las masas favorece a la revolución. Se hace cada vez más difícil averiguar la vía correcta y mantener la alianza por la que todos salen ganando.

El modelo de partido de Lenin responde a las presiones de estas diferencias proporcionando un ámbito organizativo independiente para “los elementos plenamente conscientes del proletariado”. Lukács escribe al respecto que “es esto lo que demuestra que *la forma de organización leninista está inseparablemente conectada a la revolución que se avecina (...) la capacidad de prever*” (cursivas en el original). En el partido hasta la decisión aparentemente más trivial se hace relevante a la luz del futuro proyectado de la revolución proletaria. Una decisión del partido recorre un sinnúmero de posibilidades y dirige la acción más en un sentido que en otro.

El planteamiento de Lukács deja claro que incluso cuando esta visión del futuro dota al partido de su forma organizativa, es el partido el que sustenta esta visión. Aborda por ello el debate entre Kautsky y Luxemburg. Kautsky afirmaba que el partido era la precondition para la acción revolucionaria. Luxemburg a su vez sostenía que el partido era el producto del movimiento revolucionario de masas. Lukács considera unilateral cada uno de estos enfoques: precisamente “porque la función del partido es preparar la revolución es por lo que es –simultánea e igualmente– tanto *productor* como *producto*, tanto precondition *como* resultado del movimiento revolucionario de masas”. El papel que asume el partido como productor es en sí un producto del futuro proyectado de la revolución proletaria. El partido no es solo un producto de los acontecimientos a medida que se despliegan y a los cuales da respuesta, sino también del futuro que lo llama para realizarse, el futuro que lo capacita para guiar sus repuestas en esa dirección.

Algo crucial en el planteamiento de Lukács es la combinación de flexibilidad y coherencia del partido. Éste tiene que aprender de las luchas de las masas, ajustando sus interpretaciones y prácticas cuando sea necesario. Las respuestas al presente a la luz del futuro proyectado se inscriben en la estructura y teoría del partido. Aprender de las luchas del pueblo es posible porque el partido anticipa la revolución. Es así como el partido une los descubrimientos que surgen de las luchas de las masas con la actualidad de la revolución. La creencia en la revolución surge de la combinación de teoría y acción: las acciones aparecen como revolucionarias porque la futura revolución las llama para su realización.

En resumen, Lukács presenta la actualidad de la revolución como un futuro proyectado. Toda decisión, toda táctica, todo compromiso anticipa la revolución hasta el punto que las prácticas del partido están coordinadas por el futuro. Manifiestan tanto la creencia en la misma —opuesto al conocimiento de la revolución más bien abstracto que plantean los socialdemócratas— y contribuyen a que se materialice. Lukács insiste afirmando que la actualidad de la revolución diferencia la posición de Lenin frente a la de socialdemócratas e izquierdistas puristas. Según aquellos la revolución siempre está demasiado alejada, el proletariado siempre demasiado inmaduro y los sindicatos demasiado débiles. Según éstos la madurez del momento exige pura política y una insistencia radical en principios innegociables. A diferencia de ambos planteamientos, la actualidad de la revolución implica el tiempo político de anticipación y lucha, un tiempo donde el futuro guía al partido preparado para acomodarla.

### **La revolución hoy**

Hardt y Negri, en el último volumen de su influyente trilogía, anunciaban que “hoy la revolución finalmente está llegando a estar al orden del día” (2009: p. 344). Su teoría de la revolución parte de su concepción del carácter biopolítico del capitalismo a finales del siglo XX. La comunicación en red ha transformado el proceso de producción, contribuyendo a su homogeneización, descentralización/desterritorialización e informatización. El conocimiento, el afecto y la comunicación desempeñan un papel más importante; el trabajo se ha hecho “crecientemente inmaterial” (2000: p. 365). El resultado viene a significar un cambio fundamental en la relación entre la producción y reproducción de vida: más que ser algo separado y subordinado a las exigencias del trabajo productivo “la vida impregna y domina toda producción” (2000: p. 365). El capitalismo tras su viraje biopolítico subsume enteramente lo social.

Hardt y Negri, basándose en sus análisis sobre los cambios en la producción, arguyen que hoy “la perspectiva de la acción revolucionaria tiene que concebirse bajo el horizonte biopolítico” (2009: p. 239). Semejante revolución es una “revolución de la vida”, es decir, una revolución que trasciende el abanico de reivindicaciones y expectativas asociadas al movimiento obrero.

La revolución biopolítica posee una temporalidad distinta. En contraste con el futuro proyectado que suministra la actualidad de la revolución, la revolución hoy “ya no es posible imaginarla como un acontecimiento separado de nosotros en el futuro sino que tiene que vivir en el presente, un presente “trascendente” que de alguna manera ya contiene el futuro en su seno” (2009: pp. 242-243). En lugar de ser un futuro con la capacidad de coordinar las acciones del presente, la revolución coexiste con y dentro de la no-revolución. Incapaz de imaginar una revolución futura, no podemos utilizar su actualidad para determinar nuestra táctica. La

## 5. ¿QUÉ PARTIDO(S)?

táctica, como un elemento diferenciado de la acción política, se queda en la cuneta desplazada por las potencialidades de la producción biopolítica.

Hardt y Negri se imaginan la revolución como algo análogo a “una especie de simultaneidad”, el exceso y límite al dominio capitalista sobre la producción biopolítica que nunca puede capturar o controlar. El trabajo biopolítico generalmente posee autonomía frente al dominio capitalista al emerger de prácticas cooperativas en red. El capital trata de capturar, expropiar y disciplinar estas prácticas, a pesar de que él mismo dependa de la creatividad que desencadena tal autonomía. Al trascender la mercantilización el capital extrae valor directamente de las propias relaciones sociales.

Hardt y Negri resaltan la dimensión democrática del trabajo biopolítico: las mismas estructuras cooperativas en red que produce la gente generan nuevas potencialidades democráticas e incluso “hacen que en la esfera política fuera posible el desarrollo de organizaciones democráticas” (2009: p. 354). Hardt y Negri rechazan por ese motivo las “organizaciones de vanguardia”. El partido de vanguardia pertenece a una estructura diferente y anterior del mundo del trabajo (una composición técnica diferente del proletariado). Según la periodización de Hardt y Negri, el partido de vanguardia se ajusta a los trabajadores fabriles cualificados de principios del siglo XX. Los trabajadores no cualificados de mediados del siglo XX se acoplan al partido de masas de ese periodo. Sostienen que la forma política apropiada para el trabajo biopolítico —la que es apropiada ahora para nosotros— tiene que ser democrática, cooperativa, autónoma y estructurada horizontalmente en red. El partido de vanguardia es inadecuado, “anacrónico” porque no se asemeja a las redes de la producción biopolítica contemporánea.

Esta argumentación no es convincente. Las redes complejas no presentan las formas horizontales, cooperativas y autónomas que tanto Hardt como Negri se imaginan. Como nos demuestra la obra sobre las redes complejas de Albert-Laszlo Barabasi, la libre elección, el crecimiento y la conexión preferencial producen jerarquías, diferencias dramáticas entre el más elegido y preferido y la mayoría que no lo es (Dean, 2016: pp. 12-13). El nodo o tema más popular en una red compleja generalmente tiene el doble de enlaces que el segundo más popular y éste tiene más que el tercero más popular, de manera que hay muy poca diferencia entre la muchedumbre de éstos que se encuentran en la base, en cambio existen diferencias gigantescas entre la cúspide y la base. Esta estructura jerárquica es algo omnipresente en el capitalismo comunicativo. Las películas de éxito, los libros más vendidos y los gigantescos centros de internet como Google, Facebook, YouTube y Baidu todos ellos reflejan la distribución de la ley de potencia de los enlaces en redes complejas. Unos pocos reciben mucho; el resto recibe muy poco, casi nada. Esta idea aparece expresada en los medios populares como “la regla 80/20”, el ganador se lo

lleva todo, el ganador se lleva casi todo de la economía o la “larga cola” de los muchos. El marcado carácter creativo, cooperativo y democrático de la comunicación en red no elimina la jerarquía. Afianza la jerarquía utilizando en contra nuestras propias opciones. Y, como deja claro la obra de Barabasi sobre redes complejas, esta jerarquía no viene impuesta desde arriba. Es un efecto inmanente de la libre elección, el crecimiento y la conexión preferencial.

Una forma política que reflejara la producción biopolítica no sería ni horizontal ni democrática. Su democracia produciría una distribución de la ley de potencia, nodos o resultados desiguales, ganadores y perdedores, pocos y muchos. Podemos comprobar este fenómeno en Twitter cuando la gente trata de abrirse paso entre los *hashtags* más

**“El mercado carácter creativo, cooperativo y democrático de la comunicación en red no elimina la jerarquía”**

comentados: los *hashtags* proporcionan nombres comunes que sirven como lugar de combate. Cuando marcan tendencia se alzan sobre la larga cola de millones de tuits no leídos, no queridos, que navegan en las redes. El elemento democrático —la elección que hace la gente al utilizar y enviar— produce la desigual-

dad que permite que algunos *hashtags* parezcan e incluso sean por un momento significativos. El caso de las jerarquías emergentes sugiere que una vanguardia emergente puede bien ser la forma política necesaria para las luchas bajo condiciones biopolíticas.

La estructura de las complejas redes de producción biopolítica indica que, a diferencia de lo que sostienen Hardt y Negri, el partido de vanguardia no es en absoluto algo anacrónico. Es por el contrario una forma que corresponde a las dinámicas de la comunicación en red. De esta estructura se desprende un problema adicional para el rechazo del partido de vanguardia que sostienen Hardt y Negri. Caracterizan el partido de Lenin como si implicara un proceso organizativo que proviniera “por encima” de los movimientos de la multitud. Esta insinuación es históricamente falsa del todo. Los bolcheviques no fueron sino un grupo en medio de múltiples partidos, tendencias y fracciones que actuaron en el tumultuoso contexto de la Revolución rusa. Fueron activos en el seno de los movimientos de los trabajadores y campesinos oprimidos. Los mismos movimientos por medio de victorias y derrotas, alianzas a corto y largo plazo, nuevas formas de cooperación y avances en la organización política hicieron que emergiera el partido al tiempo que el partido fomentaba los movimientos.

Hardt y Negri critican finalmente el partido de Lenin en el terreno de la identidad. Para ellos el partido es una “nueva identidad”, y consideran que la revolución de hoy en día debe orientarse a la abolición de la identidad (2009: p. 334). Pero el partido de Lenin no es una identidad,

## 5. ¿QUÉ PARTIDO(S)?

es un proceso a través del cual se suavizan las diferencias de lo que Hardt y Negri asocian con la identidad, generándose así una voluntad colectiva revolucionaria <sup>2/</sup>. El partido funciona mediante la instalación y el mantenimiento de un hueco en el terreno donde se da la identidad, no como una nueva identidad.

Para Hardt y Negri la meta de la revolución es “la creación de nuevas formas de vida social” (2009: p. 354). Describen las luchas revolucionarias como un proceso de liberación que crea la gente. Argumentan que tal proceso consolida la insurrección al institucionalizar nuevos hábitos y prácticas. Por eso las instituciones son centros para la gestión de encuentros, extensión de la ruptura social y la transformación de aquellos que las integran.

Es sorprendente la semejanza entre estas instituciones y el partido de vanguardia. El partido supone un nombre y un lenguaje común, así como un conjunto de tácticas. Dispone de prácticas que establecen las formas para permanecer juntos. Su propósito es ocupar y extender el espacio dentro de la sociedad que denota lucha de clases. Y, como insiste Lukács, el concepto de Lenin respecto a la organización del partido prioriza la flexibilidad y la coherencia; el partido tiene y debe tener la capacidad de autotransformación. Lo que Hardt y Negri describen como la extensión de la insurrección en un proceso institucional es otra forma de teorizar el partido.

Precisamente porque repudian el partido, su versión de la organización democrática carece de una posición que pueda anticipar la revolución y así materializar la creencia en su actualidad. El futuro no ejerce una capacidad de coordinación. Hardt y Negri subrayan que la revolución se encuentra “apresada entre el pasado y el futuro, dejando muy poco espacio para la maniobra”. Y añaden que “incluso cuando los revolucionarios piensan que sus acciones son suficientes para lanzarnos al futuro, el pasado irrumpe para volver a imponerse”. Y concluyen que “la creación por la revolución de una nueva forma de gobierno frena el pasado y abre el camino hacia el futuro” (2009: p. 360). Más que productos de la revolución que crean, los revolucionarios, según la versión de Hardt y Negri, permanecen a distancia del futuro. Sus acciones parecen estar desconectadas del mismo, desinformadas del mismo y por ello tanto más sojuzgadas por el pasado. La revolución se abre al futuro, pero

un futuro proyectado no crea las fuerzas que lo producen.

Al carecer de una visión del futuro capaz de orientar la acción, Hardt y Negri delinean en su lugar una plataforma reivindicativa sin operador, sin un armazón que luce por ellos. Su modelo de instituciones sugiere que un partido

<sup>2/</sup> Tal como lo expone Lukács en “Observaciones del método acerca del problema de la organización” en *Historia y conciencia de clase* (1923): “el partido comunista como forma de conciencia revolucionaria del proletariado es un *proceso por naturaleza*” y “el partido existe para acelerar el proceso mediante el cual estas distinciones se allanan” (las distinciones a la que hace referencia Lukács son las estratificaciones dentro de la clase).



o partidos podrían ser tal operador, pero Hardt y Negri, más que presentar su programa como un programa de partido, lo presentan como reivindicaciones a realizar por las existentes instituciones y gobiernos de gobernanza global. Las reivindicaciones están para proveer los medios de vida básicos, la ciudadanía global y el acceso a la gente. Reconocen que “los actuales poderes dominantes desafortunadamente no tienen ninguna intención de siquiera conceder estas reivindicaciones básicas. Su respuesta es la carcajada, “una carcajada de alegría y creación, sólidamente anclada en el presente” (2009: p. 383). No es de extrañar que no presenten sus reivindicaciones como el programa del partido. Las reivindicaciones no están para luchar por ellas. Señalan potencialidades presentes ya en la producción biopolítica de la gente, poniendo límites al control capitalista.

Es de alabar la identificación del potencial igualitario con lo que generalmente no parece ser sino un pálido y miserable presente. Con la ausencia de un partido orientado hacia su realización resulta por ello difícil creer que este potencial sea más fuerte que, pongamos por caso, un neofeudalismo de ciudades-fortaleza conectadas globalmente y rodeadas de depredadores empobrecidos que compiten por una vida mejor mediante plataformas de juego en red y defendiendo desesperadamente sus últimas porciones de agua fresca y tierra cultivable de refugiados que huyen de guerras cada vez más intensas en torno a los recursos, mientras que la minúscula clase de multimillonarios globales come caviar en aviones chapados en oro. Ninguna práctica coordinada por el futuro materializa esta creencia. Precisamente porque nuestro escenario es de explotación, propiedad, competencia y lucha nuestro sentido del presente tiene que estar vinculado al futuro, que viene a ser el resultado de la realización de unas potencialidades en lugar de otras. El partido es la forma para esta realización en la medida en que a través de él el futuro puede producir las acciones que le permitan llegar a ser.

### Conclusión

A lo largo y ancho de nuestro planeta las muchedumbres están quebrando el *statu quo* y la facticidad de su movimiento está desplazando la política identitaria. Estas muchedumbres movilizadas están forzando a la izquierda a retomar temas de organización, resistencia y escala. Al tropezar con los límites de la inmediatez y la horizontalidad, tanto los activistas como los organizadores están pensando de nuevo sobre cuestiones institucionales como es la del partido.

Hardt y Negri dan a entender que el partido como forma está desfasado. He sostenido que las redes de hoy en día no solo producen una distribución de potencias de pocos y muchos sino que las jerarquías emergentes –en particular cuando éstas se entienden en términos de vanguardias y prácticas que ya emergen del propio movimiento político– ya apuntan a cómo surgen las organizaciones de partido. Algunos

## 5. ¿QUÉ PARTIDO(S)?

ejemplos en la actualidad de esta tendencia los encontramos en la adopción de tácticas, nombres y símbolos en común que aglutinan luchas que antes se libraban por separado, de forma diferente e incluso compitiendo. Cuando las políticas locales y temáticas se conectan por medio de una denominación común, los éxitos en un sector benefician a la lucha en su conjunto. Las acciones separadas se convierten en algo en sí mismas más todas las demás. Infunden entusiasmo e inspiran la imitación.

Una alianza global de la izquierda radical o, mejor aún, un nuevo partido de comunistas puede entretorse con la ayuda de las fuerzas concentradas en grupos ya existentes: militantes adiestrados en la acción directa, artistas expertos en crear símbolos y eslóganes, partidos expertos en tareas organizativas, grupos temáticos conocedores de áreas específicas de interés público, redes de ayuda mutua que atienden necesidades básicas. Si este nuevo partido ha de ser un agente de una era revolucionaria tendrá que seguir promoviendo e incluso amplificando las prácticas y tácticas comunes capaces de materializar la fe revolucionaria. Este fomento y ampliación requiere disciplina, selección, planificación consciente, así como decisiones relativas a qué priorizar y cómo distribuir los recursos y las energías. Precisamente debido a la multiplicidad de experiencias de los oprimidos necesitamos el partido como una instancia por medio de la cual nos disciplinamos, por la que producimos la voluntad política colectiva que arrastrará a las tendencias revolucionarias en una dirección de igualitarismo emancipador.

Muchos de nosotros estamos convencidos de que las crisis capitalistas han alcanzado a un punto decisivo. Sabemos que el sistema es frágil, que produce sus propios sepultureros y que permanece debido a la existencia de una estructura internacional de represión estatal. Y sin embargo actuamos como si no supiéramos esto. El partido suministra la forma que nos pueda dejar creer en lo que sabemos.

*Jodi Dean* es profesora de Ciencia Política en Hobart and William Smith Colleges, Geneva (Nueva York).

Traducción: **viento sur**

### Referencias

Dean, J. (2016) *Crowds and Party*. Londres: Verso.

Dupuy, J.-P. (2014) *Economy and the Future*.

Michigan State University Press.

Hardt, M. y Negri, A. (2000) *Empire*. Cambridge: Harvard University Press (edición en castellano: *Imperio*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

– (2009) *Common Wealth*, Akal, Madrid, 2011).

Srnicek, N. y Williams, A. (2015) *Inventing the Future*.

Londres: Verso.